

PLÁTICA XIX.

DEVOCION AL ANGEL DE LA GUARDA.

Angelus meus vobiscum est.
Mi ángel está con vosotros.
(*Baruch. vi, 6.*)

La Religion cristiana nos enseña, que todos tenemos ángeles custodios, que nos ven aunque nosotros no los veamos: que durante la noche y durante el dia, ya sea que hablemos, ya sea que guardemos silencio, ya sea que descansemos ó que andemos, están siempre al lado de nosotros, recogiendo todas nuestras palabras y observando todas nuestras acciones y todos nuestros movimientos. Nuestros ángeles custodios están encargados por la divina Providencia de nuestra seguridad para que nos acompañen y no nos dejen sino despues de la muerte. Dios los ha enviado para observar todo lo que nosotros hacemos, y darle cuenta aunque él lo sepa. Él los ha puesto como testigos fieles, cuya integridad no podemos corromper, como ni tampoco sorprender la vigilancia, engañar la sabiduría, huir la presencia, ni eludir el testimonio. Vosotros podeis muy bien evitar cualquier otra presencia cambiando de vestido y de nombre, pasando de ciudad en ciudad, de reino en reino; pero esas astucias son del todo inútiles para sustraeros de la presencia de vuestro ángel. A cualquier parte que vayais él os sigue, aunque fuera á las soledades mas inaccesibles. Todavía hay mas: no solo él no os abandona nunca, sino que os conduce por el buen camino y os defiende contra los ataques de vuestros enemigos: él se inquieta por vosotros, y tiene un cuidado todo particular de vosotros. Así pues, ¿qué reconocimiento no debeis tener, hermanos míos, á vuestros ángeles custodios, y con qué humildad y accion de gracias no debeis agradecer todos los cuidados que ellos toman continuamente por vuestra salud? ¡Ojalá pudiese yo excitar en vosotros estos sentimientos que parecen borrados del corazon de la mayor parte de los cristianos, y

despertar vuestra fe y vuestra devocion á los santos ángeles que Dios ha establecido para que os guarden!

¡Cuán grandes son, hermanos míos, las misericordias de Dios! Aunque pueda él hacerlo todo inmediatamente por sí mismo, se sirve no obstante de las causas segundas para la ejecucion de sus designios. Propiamente hablando, es Dios solo el que nos guarda, el que nos conserva, el que nos rodea por todas partes de su proteccion. Pero lo que él puede hacer por sí solo, quiere efectuarlo por el ministerio de los santos ángeles que nosotros llamamos comunmente por este motivo nuestros ángeles custodios. Ellos lo son en efecto por los muchos buenos oficios que nos prestan casi á cada instante, y que el Espiritu Santo nos ha indicado en las santas Escrituras, de los que ha querido darnos una excelente idea por estas palabras que Dios dirigió á su pueblo (*Exod. xxiii, 20*): Yo te enviaré mi ángel que irá delante de tí, te guardará durante el camino, y te introducirá en el lugar que he preparado. Así pues, nuestros ángeles de la guarda velan sobre nosotros continuamente y nos asisten sin cesar en medio de los peligros que corremos y que nos ponen en todos momentos á riesgo de perdersnos. Muchas veces nos dormimos sobre el borde del precipicio, y nuestro ángel de la guarda nos despierta, como lo hizo en otro tiempo con san Pedro en la cárcel (*Act. xi, 7*): *Surge velociter*: Despiértate, sal de este lugar, abandona esta casa, rompe estas cadenas. Otras veces nos avisa con presentimientos interiores. Nosotros no sabemos ni de dónde vienen, ni lo que quieren decir; pero si no hubiésemos sido disuadidos de ir á tal parte segun teníamos costumbre, ó de dar tal paso, estábamos perdidos sin remedio. Ignoramos el cómo hemos sido preservados de aquella desgracia: pero es nuestro buen ángel, ese guardian fiel que nos conduce en todos nuestros caminos.

Si vosotros me preguntais qué es lo que excita á nuestros ángeles custodios á socorrernos con tanto celo, y lo que los induce á manifestarnos tanto amor, os diré que ellos ven sin cesar la cara de Dios, ellos están siempre en su presencia. Allí ven los movimientos de su corazon, y el amor infinito que tiene por nosotros: así es que toman todas las dimensiones de aquella caridad divina, sobre la cual regulan la suya. Esas inteligencias sublimes la contemplan en el mismo Dios, iluminadas como son de las luces de la gloria: ellas con-

ciben su altura y su profundidad: ellas ven que Dios, ese Ser infinito é incomprendible, se digna fijar sus ojos sobre criaturas tan débiles como son los hombres: consideran por fin, que desde la eternidad Dios los ha amado, ha querido asociarlos á su propia dicha, y no se ha desdeñado de revestirse de su naturaleza en el misterio adorable de su Encarnacion.

Pero ¿es cierto, que todos nosotros tengamos nuestro ángel de la guarda? Sí, hermanos míos: este es el sentimiento de la Iglesia universal, de que cada uno de nosotros tiene un ángel de la guarda que la Providencia ha sometido á su conducta para ayudarle á alcanzar la vida eterna. Dios, dice el profeta (*Ps. xc, 11*), ha mandado á los ángeles que os guarden en todos vuestros caminos; y el Hijo de Dios dice en el Evangelio (*Matth. xviii, 10*): Guardaos de despreciar á uno siquiera de esos pequeños; porque yo os declaro que los ángeles de ellos contemplan sin cesar la cara de mi Padre, que está en los cielos. De estos espíritus celestiales, los unos gobiernan los cielos y los astros, los otros gobiernan los reinos, y, como dice san Clemente, cada nacion tiene su protector que tiene de ella un cuidado particular. Por ejemplo, hay un ángel tutelar de la España, de la Francia, etc.; y en las sagradas Letras hallamos uno (*Dan. x, 13*) que es llamado *el príncipe de los Persas*, porque velaba para el bien comun de aquel imperio. Los hay que están encargados de la proteccion de las familias religiosas, como lo observa santo Tomás; otros de la de las iglesias y templos consagrados á Dios. Algunos santos Padres hasta sostienen, que hay ángeles protectores de las casas particulares, en especial de aquellas que son gente de bien. Pero sea de esto lo que se quiera, está fuera de toda duda, que cada uno de los hombres tiene el suyo que le sirve de tutor y gobernador, como es muy conforme al poder, á la sabiduría y á la bondad de Dios.

La Escritura nos refiere (*Cant. iii, 7*) que el lecho del rey Salomon estaba rodeado de sesenta guardias, los mas fuertes, los mas valientes y los mas diestros que habia en Israel, y que todos ellos velaban armados de su espada mientras que el príncipe dormia, para defenderle de las sorpresas y de los peligros de la noche. Gracias á la misericordia divina, no hay ni uno de nosotros que no pueda gloriarse de tener semejante dicha, y aun mayor. Nosotros estamos rodeados, no de sesenta guerreros escogidos entre los hombres siempre susceptibles de debilidad ó sorpresa, sino de un guerrero inmortal é invencible, escogido entre las tropas y los ejércitos

del Señor. Es un espíritu celeste, que vela para guardar y defender á nuestras almas contra las asechanzas de las potestades de las tinieblas y de los infiernos. Es un ángel del Altísimo, que tiene cuidado de que nuestros enemigos no se valgan de alguna sorpresa, y no vengan á turbar nuestro reposo.

¡Qué motivo de confianza, hermanos míos, qué medio mas eficaz para obtener de Dios todas las gracias que nos son necesarias si sabemos aprovecharnos de esta coyuntura! Si un embajador que reside en la corte de un príncipe extranjero, no deja de hacer uso de todo su talento y su crédito para conducir bien los negocios de que está encargado y obtener su buen resultado: nosotros, á quienes Dios ha elevado á la categoría de amigos suyos y de príncipes de su sangre con la alianza que ha querido contratar con nosotros en el bautismo, ¿qué es lo que debemos temer de nuestros enemigos visibles é invisibles, teniendo en su corte á un ángel, que es un residente ordinario? Yo sé muy bien, que nosotros tenemos grandes asuntos que tratar: no es cuestion de un pequeño interés temporal, sino de la herencia del reino celestial y de una felicidad eterna: yo sé que hay muchas cuestiones que discutir, y que nuestros enemigos oponen á ellas extraños obstáculos. Pero á pesar de ello ¿qué tememos? Sepamos encargar nuestros intereses á ese embajador y á ese agente tan fiel, tan inteligente, tan celoso y lleno de poder. ¡Cuántas veces hemos roto la alianza entre nuestra alma y Dios á causa de nuestras infidelidades y rebeldías! ¡Y cuántas veces nuestro buen ángel ha aplacado el justo enojo del Señor, alegado nuestra flaqueza, hecho presentes los lazos y las sorpresas que han armado nuestros enemigos, y nos ha obtenido tiempo para entrar otra vez en nosotros mismos, para hacer penitencia y evitar los justos castigos que habíamos merecido!

Nosotros debemos honrar á nuestros ángeles custodios, darles gracias, invocarlos, y seguir sus inspiraciones. Es cierto, que el culto y la invocacion de los santos ángeles, ó la veneracion que la Iglesia ha tenido siempre por esos espíritus bienaventurados, no es en ninguna manera contraria al precepto de honrar y amar á Dios solo. Y en efecto, ¿seria posible hallar á alguno tan insensato para imaginarse que, porque un rey hubiese prohibido á cualquiera de sus vasallos el tomar el titulo de rey, y permitir que se le hiciesen los mismos honores que se hacen á su persona, fuese esto un indicio de que no queria que se honrase á sus ministros y á sus oficiales? Porque, aunque los cristianos honren á los ángeles siguiendo el

ejemplo de los santos del antiguo Testamento, ellos se guardan bien de tributarles los mismos honores que á Dios. Así, cuando leemos que los ángeles han rehusado ciertos honores de parte de los hombres, esto ha sido porque en aquellas ocasiones se quería tributarles el honor supremo que no es debido sino á Dios solamente. Y si Dios ha querido que se hiciesen tantos honores á los reyes, por medio de los cuales él gobierna este mundo; ¿por qué no debe ser permitido honrar á los ángeles, que son los ministros de quienes se sirve, no solo para el gobierno de su Iglesia en particular, sino tambien para el de todo este universo, y con el auxilio de los cuales somos librados todos los dias de mil peligros, tanto del alma, como del cuerpo?

Entremos por lo tanto en los sentimientos de la Iglesia, y hagamos todos nuestros esfuerzos para honrar á nuestros ángeles custodios. Oigamos á san Bernardo: Nosotros debemos tener, dice este Padre (*In Psalm. Qui habitat*), un grande respeto á la presencia de nuestros ángeles tutelares, *reverentiam pro presentia*: su excelencia, su santidad, su dignidad nos inducen á ello. La majestad de los reyes de la tierra imprime tanto respeto, que su sola presencia nos mantiene en el deber. Pero, dice Jesucristo (*Matth. xi, 11*), el que es mas pequeño en el cielo, es mas grande que todo lo que hay de mas elevado en la tierra: el último de los ángeles es mas noble que el mas grande potentado de este mundo: y siendo esto así, ¿con qué respeto no debemos estar delante de ellos, pensando que siempre están presentes á Dios, y al mismo tiempo siempre presentes á nosotros? Cuando nuestras pasiones quieren arrastrarnos á alguna accion indigna, imaginémonos, decia un sabio, que estamos delante de una persona de eminente virtud y de grande autoridad: este solo pensamiento nos contendrá. El consejo es bueno; pero seria mucho mas eficaz si nuestra imaginacion nos representara á esta persona realmente presente. Ahora bien, nuestro ángel de la guarda, ese espíritu tan noble y tan puro, está realmente presente á nosotros: y en este supuesto ¿cómo nos atreveríamos á hacer delante de él lo que nos avergonzaríamos de hacer en la presencia del último de los hombres? ¿Creemos acaso que sea insensible á un desprecio tan grande? ¿Y no tememos sus consecuencias?

2.º Si, en sentir de san Jerónimo (*Lib. iii, Comment. in cap. 40 Matthæi*), es una prueba incontestable de la excelencia de nuestras almas el saber, que apenas son ellas creadas, cuando Dios les destina un príncipe de su corte para que tome cuidado de ellas y se encargue de conducir las; sin embargo esto no es cosa que deba

sorprendernos, puesto que está en el orden de la sabiduría de Dios el emplear esas inteligencias, como á oficiales suyos, en el gobierno de este vasto universo. Pero, el que esos espíritus inmortales, tan superiores á nosotros por su naturaleza, y dotados de aquella plenitud de felicidad de que disfrutan por la posesion del mismo Dios que es su supremo bien; que esas criaturas, digo, tan nobles, tan excelentes, tan perfectas, estén destinadas á conducir, no solo á príncipes y monarcas, sino tambien al mas ínfimo de todos los hombres y al mas miserable que exista sobre la tierra, y saber que se aplican á ello con todo el cuidado que pueda imaginarse, y que consideran este empleo como el mayor y el mas glorioso: esto es, hermanos míos, lo que debe causar admiracion á todos los hombres, y ser no menos el motivo de su agradecimiento. La felicidad de que disfrutan, no les impide aliviar nuestras miserias: ellos están en el cielo, y conversan con los hombres sobre la tierra á un mismo tiempo: ellos alaban y bendicen al Criador, y están atentos á las necesidades de las criaturas.

De esto se sigue, que pueden considerarse esos espíritus bienaventurados bajo dos aspectos, que ambos se expresan con el nombre de *ángeles*, el cual es tomado de su oficio y no de su naturaleza, y significa mensajeros, embajadores, y enviados. Esto lo explicó muy bien san Bernardo. Esos espíritus puros, dice, dirigiéndose á Dios, son los vuestros y los nuestros á la vez, es decir, son vuestros embajadores cerca de los hombres, y al mismo tiempo son los enviados de los hombres cerca de Vos. Ellos no se contentan con tomar cuidado de nosotros, prestarnos toda clase de buenos servicios, procurarnos toda especie de bienes, preservarnos de mil peligros, librarnos de infinidad de males: ellos presentan tambien nuestras oraciones á Dios, y nos traen sus gracias: ellos nos llevan, por decirlo así, en sus manos; y cuando tenemos la desgracia de caer, nos ayudan á levantarnos de nuestras caidas. ¿Qué reconocimiento no les debemos por tantos y tan grandes beneficios?

3.º El poder y el crédito de los santos ángeles se emplea continuamente y en toda su integridad á favor de nosotros, por nuestros asuntos, por nuestras necesidades; porque, como acabo de decirlo, son nuestros *ángeles* cerca de Dios, y nuestros guías sobre la tierra. Ellos nos protegen contra nuestros enemigos, nos apartan del mal, y nos incitan al bien por medio de las buenas inspiraciones que nos dan, y las gracias que no cesan de procurarnos, rogando por nosotros. La misma Escritura santa nos dice (*Tob. xii, 12*), que

esos espíritus bienaventurados presentan al Señor, no solo las oraciones y las lágrimas de los individuos en particular, sino tambien que se interesan por las provincias y los reinos (*Dan. x, 12*). Así es que está llena de testimonios que autorizan la invocacion que les hacemos. Jacob pidió al ángel, con quien habia luchado, que le bendijera (*Gen. xxxii, 26*): y hasta le obligó á ello, protestándole que no le dejaria ir sin que antes hubiese recibido su bendicion. Y no solo invocó á este ángel á quien veia, sino tambien á otro al que no veia, como se desprende de estas palabras que dirigió á los hijos de José (*Gen. xlviii, 16*): Proteja y bendiga á esos niños el ángel que me libró de todo mal: *Angelus, qui eripuit me de cunctis malis, benedicat pueris istis*. Y en vista de ello, ¿qué no debemos esperar nosotros del socorro de nuestros ángeles de la guarda? ¡qué intercesion mas poderosa! ¡y con qué confianza no debemos implorar su asistencia!

Nosotros debemos acudir á nuestros ángeles custodios en todas nuestras necesidades, principalmente por la mañana y á la noche todos los dias, y en dos ocasiones particulares, la primera de las cuales es cuando deliberamos ó queremos emprender algun asunto importante en el cual tenemos necesidad de consejo y de asistencia. Pidamos á nuestro buen ángel que nos guie en este asunto, de manera que no lo emprendamos si no es conforme á la voluntad de Dios, para su servicio y nuestra salvacion, y que nos asista para concluirlo felizmente. Este medio es muy eficaz para que tengan un buen efecto nuestras oraciones, y para atraer la bendicion del cielo sobre todas nuestras empresas. Es imposible que dejen de tener un feliz suceso teniendo tan buen conductor, que es á un mismo tiempo muy fiel, muy poderoso y sumamente sabio. La segunda ocasion es cuando nos vemos atacados de alguna tentacion, y expuestos al peligro de ofender á Dios. Cuando viereis, dice san Bernardo, que os amenaza de cerca una grande tentacion, ó que se acerca una grande tribulacion, invocad á vuestro custodio, á vuestro guia, á aquel que os socorre con oportunidad en vuestras necesidades. En una palabra, encomendaos á él todos los dias de vuestra vida: rogadle que vele sin cesar sobre vuestra conducta: sed dóciles y fieles en seguir las santas inspiraciones que él os sugiere: pedidle que os preserve de los males de esta vida, y en especial del pecado que es el mayor de los males, y que por fin os conduzca á la vida eterna. AMEN.

PLÁTICA XX.

DEVOCION Á LOS SANTOS PATRONOS.

Sancti estote, quia ego sanctus sum.

Sed santos, porque yo soy santo. (*Levit. xix. 2.*)

Si, hermanos míos, es al hombre mismo, á quien Dios manda que sea santo: pero ¡qué elocuente es ese mismo hombre para exagerar las dificultades y los obstáculos que halla en el camino de la santidad á fin de hacer de ellos otros tantos pretextos para su cobardía criminal! Él pinta de una manera viva su flaqueza, sus obligaciones, sus hábitos inveterados, su temperamento, su natural: de esta santidad que se le ordena, se forma una idea como de una cosa impracticable, y que es enteramente superior á sus fuerzas. Pero, callaos, flaqueza humana, dificultades supuestas, excusas frívolas; desapareced hoy en vista de la gloria y del ejemplo del bienaventurado N. que la Iglesia pone delante de vuestros ojos. Nosotros debemos trabajar para hacernos santos: á ello nos anima la gloria que disfruta en los cielos. Nosotros podemos llegar á ser santos, por mas dificultades que se encuentren en esta empresa: su ejemplo nos lo persuade. Contemplad pues ese ejemplo, hermanos míos, pero seguidlo al mismo tiempo: combatid como vuestro santo Patrono, si quereis tener parte en su corona y en sus recompensas. Espectáculos gloriosos, santos ejemplos, ¿qué impresion no deberiais hacer sobre nuestros espíritus? Pero mi designio no es, hermanos míos, exponer á vuestra vista en el dia de hoy las virtudes particulares de vuestro santo Patrono. Quiero únicamente incitaros á no descuidar nada para disponeros á solemnizar santamente su fiesta: pretendo limitarme á hablaros en general de la devocion á los santos Patronos, á fin de que, instruidos de vuestras obligaciones sobre esta im-